

LA CAJA NEGRA DE LA REVOLUCIÓN —*UN CAUTIVO ENAMORADO*, DE JEAN GENET: NOTAS DE LECTURA—

THE BLACK BOX OF THE REVOLUTION —*A CAPTIVE IN LOVE*, BY JEAN GENET: READING NOTES—

Miguel CASADO

Resumen: Se analiza en este artículo la última obra de Jean Genet, *Un cautivo enamorado*, en la que el autor francés relata su estancia en Jordania y Palestina como testigo de un momento histórico excepcional. La propuesta de una subjetividad compartida, además de una posición ética y política que no rehuye los estímulos estéticos, le llevan a crear una lengua poética propia con la que describir los procesos revolucionarios de esos difíciles años.

Palabras clave: Jean Genet, *Un cautivo enamorado*, Palestina.

Abstract: This paper analyzes the latest work by Jean Genet, *A Captive in Love*, in which the French author recounts his stay in Jordan and Palestine as a witness to an exceptional historical moment. The proposal of a shared subjectivity, in addition to an ethical and political position that does not shy away from aesthetic stimuli, led him to create his own poetic language with which to describe the revolutionary processes of those difficult years.

Keywords: Jean Genet, *A Captive in Love*, Palestine.

Para Túa, con el recuerdo de una
conversación sobre el Blanchot del 68

Tanto o más por juego que por convicción —escribe Genet en las primeras páginas de *Un captif amoureux*—, había aceptado la invitación de pasar unos días con los palestinos; iba a quedarme casi dos años” (20)¹. Así, ambigüamente y asumiendo el azar, se abre este volumen, publicado cuando el autor acababa de morir; lo había dejado casi a punto, a falta de una última corrección, ya sobre las pruebas de imprenta. La duplicidad de los propósitos no excluye, sin embargo, la fuerte sensación de realidad que el texto deja; apenas un instante antes, se leía: “Oí, en la noche, a dos pasos, correr el agua del Jordán. Me estaba quedando helado”. Y ahí se sitúa, con los ojos abiertos en la oscuridad, mientras lucha con el insomnio, tendido al raso, en una base avanzada de la resistencia palestina, junto a la misma orilla del río-frontera.

¿Cómo se llega desde esta actitud equívoca a componer un texto que aparece hoy como lugar fuerte y abierto de pensamiento político? Es la pregunta que me hago al comenzar estas páginas en las que solo puedo hablar desde una posición periférica. No soy especialista en Genet; he leído la mayor parte de su obra en traducción, tal como la fui encontrando al albur de las librerías españolas a lo largo del tiempo. Y, así, busqué *Un cautivo enamorado* movido por lecturas palestinas que no guardaban, en principio, relación con él; había estado leyendo a Mahmud Darwish, que me condujo a su amigo de juventud, el novelista Emil Habibi y, después de pasar por los relatos de Ghassan Kanafani, recaí en Genet. Pero tal vez un punto de vista periférico y en cierto modo casual no sea inoportuno para quien acabó recibiendo sepultura en tierra apátrida, la del llamado “cementerio español” de Larache, en la orilla marroquí del Mediterráneo; junto a su tumba se colocó después la de su amigo Juan Goytisolo, quien había escrito que *Un cautivo enamorado* “es uno de los libros más hondos, revulsivos y apasionantes escritos en francés en los últimos veinte años”², que hoy ya son treinta y cinco.

Tras la Guerra de los Seis Días, en junio de 1967, una oleada de refugiados palestinos, desplazados por la ocupación israelí de nuevos territorios, se añade a los que ya había expulsado la fundación de Israel en 1948, con su política de *limpieza étnica*; mientras los más antiguos permanecían sobre todo en Líbano, los más recientes se concentraron en Jordania, aunque se dispersaban también por otros países de la zona. Campos de refugiados y bases de los guerrilleros —los llamados *fedayines*— se extendieron desde Ammán hasta la frontera siria por la línea del Jordán; sumándose al continuo acoso israelí, la monarquía jordana lanza en septiembre de 1970 (para siempre, *septiembre negro*) una ofensiva para desarmarlos y controlarlos, arrasando los principales campos y causando miles de muertos. Es el momento en que Genet recibe la invitación de viajar. Entre octubre de 1970 y mayo de

¹ Jean Genet *Un cautivo enamorado*. Traducción de María Teresa Gallego e Isabel Reverte. Madrid, Debate, 1988. Todas las referencias sin anotar corresponden a este libro y edición; se indica la página entre paréntesis en cada caso.

² Juan Goytisolo, *Genet en el Raval*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009, p. 86.

1971, acompaña el repliegue de la guerrilla a la zona montañosa de Ajloun. Vuelve en octubre de 1971 a otra zona de repliegue, la de Irbid, debiendo abandonarla cuando la conquistan los jordanos, ya al final de su campaña. Será invitado de nuevo a Oriente Medio en otro momento crítico de la historia palestina: la invasión israelí de Líbano en septiembre de 1982, siendo uno de los primeros testigos de la masacre cometida en los campos de Sabra y Chatila³. Regresa, por último, a Irbid en 1984, en busca de sus recuerdos⁴.

“No tomé nunca —dice Genet— ninguna nota en las carreteras, los caminos, las bases ni en ningún otro sitio” (57). Escribe en un peculiar ejercicio de memoria, no enumera datos, apenas anécdotas; es un remover las brasas para buscar lo que sigue incandescente, agitar el poso para que regrese el sabor. Para describir este trabajo de estratos y densidades, propone metáforas: todo lo guarda entre espesas nubes blancas, o bien en un cajón de embalaje lleno de virutas y serrín para ayudar a la conservación; todo está apartado, abstraído del curso de los días, pero, a la vez, preservado hasta que lo reencuentre, listo para cobrar vida. Después de muchos años de fuerte crisis personal y sin apenas escribir, es sobre todo a partir de julio de 1983 cuando Genet recupera lo depositado entre “las nubes blancas”, y trabaja en *Un cautivo enamorado*. Lo entrega terminado en octubre de 1985; muere en abril de 1986. Su obra más extensa, su propuesta sobre la posibilidad de un nuevo pensamiento (o sobre la revolución, que vendría a ser lo mismo) es su última palabra.

Abu Omar, dirigente de la OLP, que fue uno de sus interlocutores al llegar a Jordania, había informado a Genet de cuál sería su papel allí: “Su función será muy difícil: no hará usted nada” (192). Y él reformula su condición de espectador integrándose en la vida cotidiana de los fedayines, participando en sus tertulias y en sus marchas, asomándose a la ribera del río-frontera, a la noche de los bosques, pese a su edad y su mala salud. Su actitud no es un mirar, sino un estar ahí. Y restituye ese ritmo de los días en una colección de microescenas que, en su materia vívida, parecen transferirse de inmediato a la memoria del lector.

El paisaje calcinado de los que fueron campos de refugiados en Ammán, la tertulia de las ancianas entre los montones de escombros y ceniza, su sarcasmo al mostrar con cortesía las invisibles dependencias y objetos de su inexistente casa; el canto de los guerrilleros de una colina a otra antes de amanecer, el comentario estético de las voces y su cercanía al trabajo reciente de Boulez; la rigurosa ceremonia de lavado del fedayin que va a cruzar el río clandestinamente, o el que se pierde en la penumbra del amanecer mientras va comiendo todavía un trozo de queso gruyer; o, cuando se ha prohibido jugar a la baraja, la larga partida nocturna sin cartas, pero con todos los gestos, las conversaciones, las bazas características del imaginario juego; o los disparos cada vez más próximos de la ofensiva jordana, y los quehaceres en la casa entre tanto.

³ De ahí procede “Cuatro horas en Chatila”, extensa crónica personal publicada en la *Revue d'Études Palestiniennes*, 6, enero 1983. Recogido en el volumen: Jean Genet, *El enemigo declarado*. Traducción de Fernando Pérez Fernández y Antonio Martínez Castro. Madrid, Errata naturae, 2010.

⁴ Para esta cronología, ver: Hédi Khélil, *Jean Genet: Arabes, noirs et palestiniens dans son œuvre*. Paris, L'Harmattan, 2005, p. 51.

Pero igual de vívidas son las digresiones del autor, fértiles en asociaciones inesperadas, hasta no resultar ya digresiones sino análisis que apuntan a la médula de lo que está viviendo. El itinerario paralelo del *Réquiem* de Mozart y de un cambio de sexo, las alternancias de la muerte y la vida en ambos, y también en el combatiente que va hacia un final seguro, asumiéndolo. O la larga analogía entre gitanos y palestinos, las costumbres de la trashumancia, acampar en el lugar del vertedero, nacer y vivir fuera de la ley.

Se diría que en todo este relato Genet se impone una doble limitación que conforma su punto de vista. No hay, primero, voluntad informativa, salvo mínimos pasajes que sitúan un contexto; pero esto es infrecuente. Se habla, por ejemplo, de que numerosos intelectuales palestinos, que estaban en universidades de América o Europa, acuden a la guerrilla; pero hemos de saber por Edward Said⁵ que Abu Omar se llamaba Hanna Mikhail, que pertenecía a una familia cuáquera de Ramala y era profesor de estudios políticos en la universidad de Washington hasta que se convirtió en jefe de información de Al Fatah. Para Genet, fue sencillamente un compañero de conversaciones, un cálido apoyo, una dolorosa pérdida personal cuando, en 1976, muere asesinado en la costa libanesa. Al narrador solo le importan los datos adquiridos en su condición de testigo.

Y este punto de vista del testigo tiene una segunda limitación. El relato recoge lo que ocurre, pero sobre todo sus sensaciones, la manera en que las cosas le impresionan o conectan con otras. Secuencia interiorizada como vida propia. Centralidad de las emociones por encima de las ideas o los hechos, con un sesgo que define la voz:

Creo cada vez más que vivo para ser, entre otros hombres, el soporte y la prueba de que solo están vivas las emociones ininterrumpidas que recorren la creación. La felicidad de mi mano en una cabellera de muchacho la conocerá otra mano, la conoce ya, y esa felicidad se perpetuará aunque yo muera (390).

Así va más allá de las condiciones de un libro determinado. La propuesta de una subjetividad compartida, sin sujeto individual, que recorre los distintos sujetos parciales y fugazmente los constituye, responde a una energía distinta de la que nutría la obra previa de Genet. Su mirada siempre estética, capaz de reconocer el momento singular de una emoción, funda toda su posición ética y política, como se comprueba con claridad en la lógica que guía la composición del libro.

Se trata de ofrecer un texto abierto, que favorezca al máximo todas las virtualidades expresivas y receptivas, como en la metáfora de una navaja multiuso —tan típica de los años 70—, en la que hojas y aplicaciones se abren formando entre todas algo similar, aunque punzante, a una rosa de los vientos. Quizá por esta lógica, el autor nunca se califica a sí mismo como narrador, sino como poeta, de manera que sus referencias principales son Nerval, Rimbaud o Mallarmé, o escritores como Céline, Artaud, Michaux o Beckett, que parten de la no aceptación del discurso establecido. Genet necesita, como ellos, crear una lengua propia, y lo necesita además porque la experiencia que relata se desarrolló fuera de todas las lenguas: pocos palestinos hablaban francés, y Genet solo conocía algunas frases del árabe dialectal marroquí; en su intercambio inventaban, dice, “una jerigonza” que permitía la comunicación

⁵ Edward Said, “En torno a Jean Genet”, en: *Sobre el estilo tardío*. Traducción de Roberto Falcó. Barcelona, Debate, 2009.

de manera inexplicable: “nos comprendíamos mejor que si hubiéramos conocido el sentido de las palabras utilizadas” (205). Una lengua, pues, anterior a los códigos, incapaz de proporcionar sistema, pero abierta a una extraña potencia en cuanto práctica, en cuanto habla, con la que se tocaban, en efecto, rasgos persistentes de lo poético. O, en otro plano: “a veces me pregunto si no he vivido esta vida de tal manera que ordenaría sus episodios de acuerdo con el desorden aparente de las imágenes de un sueño” (384).

Juan Goytisolo traslada esta actitud ante la escritura a una descripción estructural; para él, el lector

[...] no halla un centro preciso a partir del cual pueda enfocar cómodamente el relato, sino una multiplicación de centros narrativos que, como las flechas de un arquero diestro [en puridad, las hojillas de la navaja], apuntan a blancos distintos. [...] El suelo que pisa se mueve bajo sus pies como por efecto de un seísmo. Una escritura desestabilizadora⁶.

Y ello, en buena medida, se debe a cómo trabaja Genet los silencios del texto, las pausas y los espacios en blanco, nombrados desde la primera página como determinantes:

[...] ¿no son acaso más reales que los signos negros no solo la página blanca sino también cada minúscula separación de papel blanco que aparece entre dos palabras? [...] Dicho de otro modo: el medido espacio entre las palabras está más colmado de realidad que el tiempo necesario para leerlas (13).

Y este paso, en pocas líneas, de la pregunta a la afirmación viene dado por un criterio de realidad: “más reales”, “colmado de realidad”. Porque los espacios en blanco, los silencios del relato, son referenciales.

En las reflexiones de Genet reaparece una inquietud: “la escritura solo presenta la cara visible, aceptable, muda, por así decirlo, pues no tiene medios para mostrar el envés”. Y esto, que casi podría tomarse como un principio general, se agudiza en el caso de los palestinos: “Esta imagen del fedayin resulta cada vez más imborrable. Se da la vuelta en el sendero; no le veré ya más el rostro, solo la espalda y la sombra. Cuando no pueda ya hablarle ni oírle, será cuando necesite hablarle” (32). Este carácter de lo real, sentido siempre con una posibilidad inmediata de no ser —no se olvide a quienes enseñan una casa fantasmal, a quienes juegan a las cartas sin cartas—, afecta también de lleno a la propia función del narrador, pues la mayoría de sus interlocutores, de sus personajes, están muertos, son ya muertos, cuando evoca sus palabras:

Tengo la impresión hoy de ser la caja negra que enseña diapositivas sin subtítulos. Decir que mis estancias entre estos guerreros se compusieron de desapariciones repentinas no es mentir, pero tanto a esas desapariciones como a las apariciones no puedo añadir sino un adjetivo, vibrantes (368).

Nombra así el desafío, ajeno a medida, que al escritor le proponen los espacios en blanco, el silencio en torno a las palabras: su *vibración*.

⁶ Juan Goytisolo, op. cit., p. 87.

Se diría que estos rasgos formales y esta posición de escritura comparten la misma mirada de la praxis y la reflexión políticas que tienen su nudo en Mayo de 1968, en contacto también con algunas apuestas críticas del pensamiento de lo posmoderno, y la energía negativa que simbolizó poco después el *punk*. ¿Cómo encaja ahí la “Revolución palestina”, tal como la vivió Genet? Esa *revolución* que él asoció con una “dicha de ser”, y a la vez encontró comparable con “un largo entierro cuya comitiva he seguido de trecho en trecho” (240).

No hay idealización en la imagen que dibuja, ni tampoco unilateralidad; los apuntes lúcidos, los negativos incluso, se reparten por el libro, componiendo una crítica de la cúpula dirigente, por su corrupción, su burocratización, su fatiga, su alianza con las grandes familias de la zona, y esto coexiste con el apoyo a los guerrilleros, con la reacción afectiva que ellos, las mujeres, las gentes del pueblo, le suscitan. Sin embargo, más allá de esta toma de postura política inmediata, hay otra contradicción inscrita en *Un cautivo enamorado*, que tiene tal vez mayor interés por la concepción que parece latir en ella; por un lado, como digo, es un libro entregado a los palestinos, a los protagonistas de la *revolución*, de quienes querría ser canto; por otro, se afirma en él de modo intermitente una distancia que cabría llamar *esencial*, y este fuerte desajuste consigue articularse con el mundo en que se vive como un extraño y fértil acuerdo.

Porque uno de los efectos de la potencia literaria de Genet es hacer que su visión de Palestina alcance mayor energía y sentido cuantas más limitaciones encuentra para formarse:

[...] por ejemplo, cuando escribo este libro, entre los fedayines, permanecía más acá de una linde, sabía que me preservaba, no la gracia de mi aspecto físico celta, no una capa de grasa de pato, sino una coraza mucho más deslumbrante y segura: el hecho de no pertenecer a una nación, a una acción con la que nunca me confundí. Estuve con el corazón; estuve con el cuerpo; estuve con la mente. Estuve con todo, por turnos; nunca con fe absoluta y nunca por completo (116).

Y los toques de humor hablan por sí solos de la distancia: era “un cautivo enamorado”, se implicó afectivamente, se implicó físicamente, puso su inteligencia al servicio de una empresa; pero el último reducto, su condición externa, de observador, su no protagonismo, su radical soledad, se preservó. El largo periodo de convivencia en las bases y campos, su tarea de “no hacer nada”, la diversidad de las situaciones y los lugares, le permiten una mirada móvil y poliédrica, de manera que la adhesión no impide la crítica, ni la confianza el escepticismo, ni el espíritu constructivo el nihilismo. Y ello le lleva a captar algo que resulta difícilmente perceptible de otro modo.

“Yo ya había admitido que la Revolución palestina quedaría resumida en una fórmula apócrifa, ‘haber sido peligrosa una milésima de segundo’”: abriendo con estas palabras la segunda parte de *Un cautivo enamorado* (299), encuentra como médula de la revolución la finitud, su estar en el límite, con una consistencia permanentemente en cuestión, como si fuera a desaparecer en la próxima curva del camino, en cada una de las curvas. La sensación de irrealidad que de ahí se deriva —“el pueblo que me parecía más cerca de la tierra, de la arcilla, cuyo color tenía, aquel cuyas palmas, cuyos dedos tocaban más carnalmente las cosas, me pareció al mismo tiempo el más brumoso, el más inexistente. Sus actos eran más bien muñones de actos” (239)— orienta el foco de su mirada al problema de la

realidad, a la cualidad real de la vida vivida en este medio. En un doble sentido: el de la pérdida de realidad que caracteriza la sociedad moderna, y el de la realidad de la revolución.

Seguramente, lo primero se puede dar por sabido: los numerosos mecanismos con que cuenta la vida actual para despojar de *realidad* la existencia, mecanismos que se localizan sobre todo en los circuitos de una comunicación creciente, en la dictadura del poder económico y el mercado, y en la interrelación del poder político con ambos aspectos, comunicación y mercado. Lo significativo es la clara conciencia que Genet tiene de ello, y de cómo funciona respecto al problema palestino en diversos planos. Por un lado, como es obvio, estarían las mil operaciones de intoxicación y guerra psicológica, el uso de la propaganda y la información falsa como armas fundamentales; de ahí se deriva la dificultad para preservar lo evidente, aplastado por las sucesivas capas de simulaciones y discursos: es el caso de cómo se implantó el estado de Israel y su engrasada máquina de limpieza étnica, con el cortejo de centenares de pueblos arrasados por las excavadoras, e igualmente el cotidiano ejercicio de la violencia contra los ocupados. Pero, por otro lado están las zonas de mayor ambigüedad, de conflicto en un espacio simbólico: son las fotos de los fedayines y sus campamentos publicadas en las revistas de papel cuché, o la figura del terrorista convertida en marca o incluso en objeto erótico, de modo que los “combates están a punto de convertirse en *poses*, heroicas en apariencia, pero *representadas* a la perfección” (343), en una prueba más de la doble cara, iluminadora y falseadora, de todo mito. Por eso admira Genet las prácticas de los Panteras Negras —a los que acompañó inmediatamente antes de su primer viaje a Jordania— y el conocimiento que muestran de este escenario del conflicto, impugnando el teatro de la mentira con un teatro de la revuelta: la forma de vestir y de llevar el cabello, el tono de voz, el exhibicionismo de lo negro, permitieron erosionar la confianza del sistema y generar una “metamorfosis de la comunidad negra” (111).

Aparece Genet como un pionero en advertir la saturación de los discursos, una saturación simbólica, a la que era preciso atender de modo prioritario y contrarrestar mediante un trabajo del lenguaje, que dejara de ser ya solo retórico para sentirse necesariamente político. Su punto de vista y su lógica compositiva, su mirada fragmentaria y su reticencia a los datos tanto como a las generalizaciones, su extrema síntesis entre lo físico y lo afectivo son, sin duda, formas de un *extrañamiento* que, como entendía Shklovski, resultaba una vía imprescindible para restituir la percepción de la realidad. Las singularidades que construye la escritura lo son por este poder. Y en Genet eso significa, sí, dispersar la bruma, afinar la memoria, no dejarse arrebatar las palabras que nombran las cosas; pero también supone —como apunté— abrir nuevas miradas sobre el vínculo que pudiera darse entre realidad y revolución.

Al vivir con los palestinos —se lee en *Un cautivo enamorado*—, mis pasmos, siempre algo risueños, los causó el encuentro de estas dos evidencias: ellos no se parecían en nada a las descripciones periodísticas y eran todo lo contrario hasta tal punto que su fulgor —y, por lo tanto, su existencia— procedía de esta negación de las descripciones (265).

Su toma de postura se formula de manera muy sencilla: es la negación de los discursos establecidos, los de la comunicación, la que permite afirmar a los palestinos en lo cotidiano, en el contacto con

los cuerpos y las voces; su realidad es lo inmediato y el propio cuerpo se da, se percibe, como forma de conciencia, un estar “en contacto consigo mismo”. ¿Se está sugiriendo que el rechazo de los códigos, una especie de suspensión de la lengua, permitiría el acceso a lo real? Creo que sí, y que de ahí vendría la apertura de otro espacio de conocimiento y la necesidad de otra lengua. Y que este lugar de riesgo es el mismo que el de la revolución, su parpadeo entre no ser y ser, pues su valor radica en no poder saber de antemano cómo se hace, aunque sí se sepa oscuramente qué es.

Este pensamiento, que siempre evita su formulación abstracta, conecta sin duda —aunque no sea posible detenerse en ello—, por itinerarios todos diferentes, con el que propusieron sus contemporáneos Pasolini o Foucault. Resulta obligado recordarlo cuando se advierte en qué consiste la *belleza*, recurrente como atributo palestino en el relato de Genet: en ese contacto en que cuerpo y conciencia de sí vienen a coincidir.

Cuando recorre en la memoria episodios de su vida en los que conoció una felicidad que se identificaba con el instante y, a la vez, lo trascendía, tienen esta misma marca: “Una revolución lo es cuando ha hecho caer de los rostros y los cuerpos la piel muerta que los reblandecía. No hablo de una belleza académica, sino de la impalpable alegría de los cuerpos, de las caras, de los gritos, de las palabras, que dejan de ser mortecinas” (339). Por eso, lo que podría ser crónica de una prolongada asfixia, preserva en su núcleo “la esperanza de una salida luminosa” (402), y a quien lo ha vivido ya no le resultará posible “apoyar un orden, sea cual fuere, ese que llaman el Orden, o también la Ley” (228). Es un punto de cruce entre la vida de las palabras y la de los individuos, entre su raíz existencial y su deseo político. Cuando leí que Edward Said percibía en Genet un anuncio de la Intifada (que no llegó a conocer, pues se desencadenó en 1987), entendí que era este punto, esta lectura, la que al escribir seguía encendida en él:

En la violencia e incomprensible belleza de los acontecimientos absolutamente demolidores y turbulentos que han reconfigurado un paisaje ya de por sí absurdo, y lo han transformado en una topografía del todo nueva, me parece que la figura sosegada de Genet moviéndose por el Levante dio forma a la densa incertidumbre de lo que iba a suceder⁷.

1970 era un tiempo muy diferente del actual. Leyendo *Un cautivo enamorado* es posible recapitular algo de lo perdido, sobre todo la libertad de hablar —me refiero, por supuesto, a un marco *occidental* de discurso, y no a una España todavía bajo el franquismo en la primera mitad de la década—. Muchas de las cosas que recogen estas páginas hoy están proscritas, por ejemplo impugnar la función y composición de los tribunales o la legitimidad de las leyes, o dejar abierto el debate sobre la violencia; a ello se suma el desgaste producido por el prolongado empeño en desacreditar palabras como *utopía* o *revolución*, o en deformar hechos históricos como Mayo del 68 o el genocidio contra el pueblo palestino. Quizá por eso es difícil esquivar la convicción de que los años setenta fueron una época crítica y decisiva, cuyo estudio vendría a ofrecer una arqueología de nuestra vida. Genet decía que en junio del 68 había comprendido que nunca iba a dejar de buscar, por todas partes, el espíritu

⁷ Edward Said, op. cit., p. 112.

que había conocido y vivido aquellas semanas en París⁸. Y algo así será lo que haga quien tome como punto de partida para un trabajo de análisis político la centralidad del lenguaje y el problema de la pérdida y el deseo de realidad.

No es la ideología la que puede tener ese papel de punto de partida, como ya sostenía Marx y retomaba Derrida en las páginas imprescindibles de *Espectros de Marx*. La ideología desencadena los procesos en que la realidad misma se erosiona y pierde, es un entramado de prejuicios teóricos, un sistema que impide conocer. El trabajo sobre la lengua, lo que he venido llamando *escritura* como Barthes hizo, se opone a la ideología en cuanto trata de producir puntos, momentos singulares. Desveladas tantas trampas —las de la presunta autonomía de la literatura respecto al exterior del lenguaje, las de la codificación realista...—, la acción política tiene en su centro el vínculo con la lengua, candente siempre. Desde aquí cabe entender la insistencia de Genet en atribuir al “genio poético” la posibilidad de una empresa revolucionaria.

Cuando, muy avanzado *Un cautivo*, se reconoce la diferencia entre los valores que profesan los palestinos y los que Genet podía asumir en épocas anteriores de su vida, este desfase se formula en términos lingüísticos: “los palestinos son sin duda el origen de un derrumbamiento de mi vocabulario” (339); o sea, es la comprobación de una necesidad extremada, violenta de desaprender. Uno de los pasajes más extraños del libro evoca una “experiencia de purificación” (62) vivida durante un vuelo que desde Japón iba hacia el norte de Europa, pasando por la zona ártica; una mínima y tópica palabra japonesa, *sayonara*, se convertía en un mantra obsesivo que desencadenaba el vacío, un proceso de pérdida de sí que era también reconocimiento; un peculiar duermevela zen y un despertar *en el otro costado*.

Pese a lo distinto del tono y de los valores, este ejercicio de perforación interior de que la lengua es capaz, conecta con la propuesta de *soledad moral* que articulaba el movimiento incesante y maquinalmente repetido de *Diario del ladrón*. Soledad moral, asumida como un absoluto que, ajeno al sentido, haga imposible que la conducta propia, la existencia misma, puedan ser recuperadas por el sistema. Es quizá la completa desposesión material y afectiva con que el niño Genet accedió a la vida, lo que fundamenta esta exigencia, que —pese a su formulación existencial y estética— nunca deja de ser genuinamente social. Como lo es la revolución, se nombre como se nombre.

Un breve cotejo entre *Diario del ladrón* y *Un cautivo enamorado* mostraría lo abierto de esa *soledad*, pues incluye la transformación de uno mismo manteniendo la propia raíz. La imagen de los fedayines incorpora con frecuencia —como quedó dicho— un comentario sobre su belleza, sobre su atractivo físico, de un modo muy semejante a como ocurría en *Diario del ladrón*. Solo que entonces esa descripción se convertía en hilo conductor, al tomar a los personajes como objetos sexuales que articulaban el devenir vital del narrador. Pero eso apenas concedía papel a ninguno de ellos: incluso la simpatía, la compasión, las emociones que manifestaran procedían del sujeto narrador y amante, no contaba lo que cada uno pudiera aportar: lo que vivían solo cobraba relieve en la voz del *yo*: “Creo que Armand se iba tragando la pena. Stilitano, a su lado, enderezaba su esbelta ironía; Robert, su joven

⁸ Jean Genet, “Me parece indecente hablar de mí...”, *El enemigo declarado*, ed. cit., p. 56.

insolencia. Yo, cerca de ellos, los abarcaba, abarcaba la idea de ellos mismos, era su conciencia reflexiva”⁹. Colección, serie de objetos cuya existencia parece darse en una subjetividad ajena, quizá superior, la de quien narra. Y, sin embargo, cuando Genet se refiere a los palestinos, menciona siempre el poder de su presencia, se sorprende de haberlos sentido desde el principio como sujetos que no precisaban de una voz que los cantara para existir. El mundo se ha vuelto horizontal, la existencia ya no es solo movimiento, sino también multidireccionalidad, dispersión, falta de jerarquía.

Cada revolución debe encontrar su forma, no su fórmula, y ha de ser nueva siempre. De ahí procede el desamparo, pero también el consuelo de la búsqueda, la expectativa. Este Genet, el del final de la vida, parece haber sintonizado con tan extrema apertura y, de nuevo, desde otro lugar, desposesión. El escritor, viene a decir, es quien puede inquietar en todas las direcciones. Porque el relato de esta experiencia de la revolución no es posible sacarlo del terreno de la vida concreta; no hay teoría, solo escritura. Porque cabe afirmar, pero no se deja de generar duda y negación, no cesa de quedar todo abierto.

Hacia el principio de “Cuatro horas en Chatila”, su impresionante *reportaje*, se lee este balance:

Se podrá describir el aspecto del tiempo y el color del cielo, de la tierra y de los árboles, pero nunca transmitir la ligera borrachera, la marcha sobre el polvo, el estallido en los ojos, la transparencia de la relación entre fedayines y de estos con sus jefes. Todos, todos, bajo los árboles, vibraban, reían, maravillados por una vida tan para todos, y en aquellas vibraciones, algo sorprendentemente fijo, al acecho, reservado, protegido como alguien que reza sin decir nada. Todo era de todos. Cada uno en sí mismo estaba solo. Quizá no¹⁰.

⁹ Jean Genet, *Diario del ladrón*. Traducción de María Teresa Gallego e Isabel Reverte. Barcelona, Planeta, 1976, p. 221.

¹⁰ Jean Genet, *El enemigo declarado*, traducción de Antonio Martínez Castro, ed. cit., p. 321.